

hecho decir á Strafford en la cárcel, que no sufriréis ningún perjuicio en vuestra vida, honor ni hacienda.» Trató de influir en los Lores por medio de un mensaje á ambas Cámaras á fin de poder cumplir su palabra, á lo menos respecto de la vida de su más fiel servidor, pero esta intervención en un asunto dudoso aun, produjo mala impresión, aunque no temor, á pesar de algunos rumores esparcidos. Al día siguiente, que era domingo, desde todos los pulpitos de la capital se pidió con ardor puritano la caída del gran criminal, y el lunes 3 de mayo, miles de personas del pueblo se dirigieron á Westminster gritando «justicia, justicia,» y desahaciéndose en grandes amenazas contra aquellos Lores que pasaban por Straffordianos, esto es, contrarios al bill. Entretanto en la Cámara baja se dió cuenta de una comunicación de gran importancia. La sesión se había abierto como de costumbre empezando por un rezo, y todo el mundo permanecía silencioso en expectativa de lo que iba á suceder, siendo interrumpida con risas la lectura de un bill sin importancia. Por fin John Pym se levantó para descubrir á sus colegas, á puerta cerrada, un complot de la corte.

El jefe del partido del pueblo hacia tiempo que tenía motivos para vigilar las idas y venidas del rey, de la reina y de sus servidores. Durante cierto tiempo tuvo Carlos I la idea de salvar á Strafford ganando á los jefes de la oposición en ambas Cámaras. A hombres como Bedford, Kimbolton, Hampden, Holles, etc., se les habían ofrecido altos puestos en la administración del Estado, y á Pym por su parte se trató de nombrarle canciller de la Tesorería. Este plan fracasó, no tanto por la enfermedad y muerte de Bedford, en quien fundaba principalmente sus esperanzas la corte, sino porque la oposición política hacia imposible una alianza de esta clase. Entonces se pensó en Whitehall en otro medio; el ejército real del Norte estaba aun reunido, y en él había motivos de descontento suficientes, pues las tropas estaban mal alimentadas, y algunos oficiales, miembros del Parlamento, creían que se podía disolver este por medio de la fuerza, dar un golpe de Estado y restablecer la monarquía en su independencia. Con este objeto entraron en negociaciones con la corte, siendo principalmente la reina quien las llevaba. María Enriqueta se sentía herida como princesa y como católica por los procedimientos del Parlamento, y se había dirigido al Papa para obtener de él recursos en dinero; y por su conducto recibir auxilios de Francia. También había tenido la idea de ir ella misma á Francia para conseguir su apoyo, pero Richelieu la había disuadido de hacerlo. Acogió pues con gran entusiasmo la idea de realizar una reacción por medio del ejército poniendo al rey en el secreto; el plan era que mientras las tropas marchasen hacia Londres se hiciera huir á Strafford de la Torre. El peligro para los puritanos era tanto mayor, cuanto que la corte poseía además otro medio para lograr su objeto. El temido ejército irlandés, compuesto en su mayoría de católicos, y utilizable para cualquier acto de fuerza, era una amenaza constante, y entre los escoceses de importancia, algunos de los hombres que ocupaban altas posiciones, se separaban de los del Covenant para aliarse con el rey.

Muchas de estas cosas se supieron por el rumor público; pero el complot de los oficiales fué descubierto por la traición de uno de los conjurados, el cual dió tales pormenores, que la comunicación de Pym causó gran sensación. Tuvo la habilidad de hacer ver que también se esperaba un ataque de Francia á las costas inglesas, á pesar de que el rey de Francia estaba muy lejos de querer prestar ayuda á su hermana, sobre todo por medio de las armas; así fué que contra esta princesa de creencias católicas y contra las personas que la rodeaban se dirigieron los mayores cargos. El sentimiento de

la pasión puritana, mezclado con el temor y la rabia, pasó del Parlamento á la ciudad, y mientras en el primero se hacia una protesta «en favor de la Iglesia protestante, del rey, de los privilegios del Parlamento, de los derechos y de las libertades del pueblo,» la multitud daba expansión á sus sentimientos en Westminster, con manifestaciones tumultuosas, presentándose cada día armada, arrojando gritos salvajes y exaltada por nuevas noticias pavorosas. Unas veces se decía que se quería atacar la Torre, y otras que se iba á hacer volar el Parlamento, recordando la conjuración de la pólvora. Muchos de los Lores que eran conocidos como adversarios del *Bill of attainder* no se atrevían á ocupar sus sitios, y por su parte los jefes de la Cámara baja procuraban trabajar el hierro mientras estaba caliente, y así mandaron su protesta á los Lores y la esparcieron por todo el país con el pretexto de que se firmara. De acuerdo con la Cámara alta se dieron órdenes para que se fortificara la bahía de Portsmouth y las islas de Guernsey y Jersey, y se llamaron á las armas las milicias de varios condados. Por último se dió fuerza de ley al acuerdo revolucionario de que aquel Parlamento no podía ser disuelto, prorogado, ni suspendidas sus sesiones sin su consentimiento, pues se comprendía que de otro modo no sería posible convencer á los capitalistas de que prestasen el dinero que se necesitaba con toda premura para dominar el descontento de las tropas del Norte, y comprar la retirada de las tropas escocesas.

Bajo la impresión de estos sucesos, fué aprobado en 8 de mayo por la Cámara alta el *Bill of attainder*, si bien solo obtuvo una mayoría de siete votos, á pesar de que muchos Lores que habían asistido al debate contra su voluntad faltaron el día de la votación. Este bill fué presentado al rey junto con el que prohibía que él por sí solo pudiese disolver el Parlamento. El palacio se hallaba rodeado constantemente por la multitud, y el rey pasó con gran intranquilidad de espíritu el día siguiente al de la votación, pues aprobar el *Bill of attainder* era lo mismo que firmar la sentencia de muerte de Strafford, y rechazarlo era desencadenar una tempestad de un furor extraordinario. El rey tenía derecho de negar su aprobación, con tanto mayor motivo, cuanto que había dado su palabra de que Strafford no moriría; pero el miedo le hizo faltar á su palabra de honor, siendo ayudado en su cobardía por el mismo Strafford, que le escribió una carta nobilísima suplicándole que le sacrificara á su propia seguridad. De los obispos que fueron citados á Whitehall, solo uno se atrevió á aconsejar al monarca que siguiera los avisos de su conciencia; pero el monarca se dejó convencer de que tenía dos conciencias, una como hombre privado y otra como jefe del Estado, y firmó el bill. Cuando Strafford recibió la noticia, parece que exclamó con el Salmista: «No os fieis de los príncipes, son hijos de los hombres y no encontrareis en ellos la salud.» Aun hizo el rey una vana tentativa para salvar la vida del conde, enviando á la Cámara de los Lores, por conducto de su hijo, el príncipe de Gales, un mensaje en el cual preguntaba si no sería mejor cambiar la pena de muerte por prisión perpetua, pero en el mismo mensaje al final añadía: «si mi pueblo quiere su muerte, debo decir: *fiat justitia*;» y ponía como postdata: «si es que debe morir, sería para él un gran favor que se le concediera un plazo hasta el sábado.» Strafford, por su parte, se ocupaba solo de la suerte de los suyos, despidiéndose de ellos en cartas conmovedoras, encontrándose desde entonces preparado para la partida. El 12 de mayo se le condujo al sitio del suplicio, y á su paso por delante de la prisión de Laud, éste le dió la bendición cayendo desmayado. Él por su parte no desfalleció ni un solo momento; dirigió un corto discurso á los que estaban presentes, puso su cabeza en el tajo sin el

menor temblor, y dió al verdugo la señal para que diera el golpe.

Hasta que se hubo deshecho de su principal enemigo no estuvo tranquilo el Parlamento. Se hizo que los escoceses regresaran á su patria y se dió orden para que se disolvieran los regimientos reales en Inglaterra é Irlanda. Atacóse entonces de nuevo con energía la constitución de la Iglesia, y si bien durante algún tiempo, pareció que la Cámara de los Comunes iba á contentarse con privar al clero de que se mezclase en los asuntos públicos y sobre todo con quitar á los obispos sus asientos en la Cámara alta, cuando los Pares rechazaron el bill en que se proponían estas modificaciones, el partido radical de la Cámara baja tomó la iniciativa. Se presentó en los Comunes un bill para la completa abolición de todos los cargos de arzobispos y obispos, cancilleres y comisarios, deanes y cabildos, diáconos, prebendados, cantores y canónigos y otros empleados de la Iglesia anglicana; bill que después de violentos debates fué aprobado en sus principales cláusulas. De llevarse á la práctica estas decisiones cambiaba por completo el modo de ser de la Iglesia anglicana y se establecía la completa secularización de los bienes espirituales. Los partidarios del presbiterianismo podían con esto darse por muy bien servidos, pero los más celosos directores de este plan eran Cromwell, Haselrig, Vane, y estos no repugnaban menos las violencias del presbiterianismo que las del sistema episcopal. Henry Vane especialmente habló con el calor de la juventud y del convencimiento contra la continuación del episcopado y de las instituciones enlazadas con él. El hijo del secretario de Estado había mostrado gran firmeza de carácter desde muy joven, pues para no sacrificar sus convicciones republicanas y á pesar de que se le habían hecho ofrecimientos muy brillantes, había abandonado á Inglaterra para buscarse una nueva patria al otro lado del Océano. Desembarcó en Boston y causó tal impresión entre los colonos del Massachussetts, que en 1636 fué nombrado gobernador, y ocupando este lugar trató de establecer la tolerancia religiosa aunque tuvo que luchar con gran resistencia. Rico en experiencia volvió á Inglaterra, resuelto, independiente é idealista exaltado, ante cuyos ojos se presentaba la brillante imagen de la independencia del Estado y de la Iglesia. «Los obispos, exclamaba, no solo han atacado nuestros derechos espirituales, sino que han querido arrebatarnos la libertad política. Nos han querido sacar estos dos ojos como los filisteos á Sanson para que sirviéramos como esclavos en un molino. Dejados tomar venganza de estos filisteos. Estas plantas no han sido sembradas por la mano de Dios, sino que han nacido de la putrefacción y deben ser arrancadas.»

Si las ideas radicales de Vane y sus compañeros encontraban ya gran resistencia en los Comunes, no podía esperarse que triunfaran en los Lores, á lo menos mientras los obispos tuviesen voz y voto en la Cámara alta. Para ver si podían sacarlos de allí se presentó contra ellos una acusación por haber publicado los Cánones del año 1640 que tanta ira habían excitado, declarando que estas decisiones de la última Convocación eran ataques á las leyes fundamentales del Estado, y se pidió que se procediese jurídicamente contra sus autores. Entre tanto John Pym en una conferencia con los Lores había presentado una serie de proposiciones que iban dirigidas á fortalecer el partido dominante en el Parlamento, siendo su objeto fundamental producir un cambio profundo en el personal del gobierno. Debía pedirse al rey que diese la dirección de los negocios, el mando de las milicias y la vigilancia de las costas á personas inteligentes que merecieran la confianza del Parlamento y que alejara de la corte á las personas de creencias católicas. De toda esta se-

rie de peticiones se desprendía una inmensa desconfianza hacia el rey y su esposa. Esta desconfianza tomó grande incremento, cuando se oyó decir que el rey pensaba abandonar á Londres é irse á Escocia, viaje tanto más amenazador cuanto que el ejército del Norte no estaba completamente licenciado. Pero Carlos I no se dejó disuadir de una resolución que había meditado mucho, y después de haber aprobado varios proyectos de ley, emprendió el 10 de agosto aquel viaje, al cual sirvió de pretexto la necesidad de arreglar los asuntos escoceses. Siguió una comisión del Parlamento, en apariencia para defender los intereses de Inglaterra frente de los de Escocia, pero en realidad para espiar al rey paso á paso.

El Parlamento permaneció reunido todavía por algún tiempo, pero suspendió en seguida sus sesiones, porque la peste reinaba en Londres y su actividad se hallaba fatigada. La suspensión duró del 3 de setiembre al 30 de octubre, y durante el interregno parlamentario quedó nombrada una comisión permanente, con amplias facultades.

El primer acto de la historia del Parlamento largo había concluido. En el espacio de diez meses no solo había hecho expiar de un modo completo y sangriento los actos de arbitrariedad que se habían cometido, sino que había dado forma nueva á la constitución inglesa. Las prerogativas de la monarquía fueron anuladas una á una, convirtiéndose el Parlamento en el primer poder del Estado, asegurándose la facultad de fijar su duración, conmoviendo los cimientos de la Iglesia nacional, exigiendo que los empleos del Estado se diesen según su voluntad é intentando ya atacar el poder militar de la Corona. Carlos I había desempeñado un papel puramente pasivo desde que el afortunado descubrimiento de la temible tentativa de establecer una poderosa reacción había ayudado al Parlamento á vencer la fuerza de resistencia del rey. Pero este, siguiendo su costumbre, consideraba su mala situación como pasajera y esperaba que podría reconquistar aun su antigua posición. Poseído de esta esperanza se dirigió á Escocia.

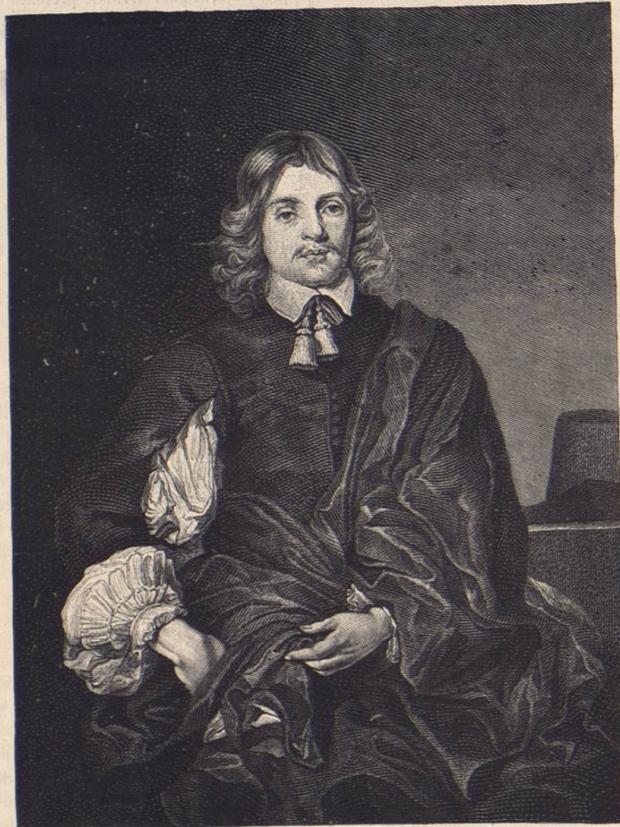
CAPITULO V

ROMPIMIENTO ENTRE EL REY Y EL PARLAMENTO

Cuando Carlos I meditó sobre el curso de los sucesos, debió decirse que su derrota había sido producida principalmente por el enlace íntimo de los asuntos escoceses con los ingleses, pues la invasión victoriosa de los escoceses le había obligado á convocar el Parlamento, y los jefes del Parlamento habían obrado de acuerdo con los escoceses del Covenant. Separar los intereses de la oposición en ambos reinos y ganarse la voluntad de los jefes de los escoceses era el principal objeto de su viaje; así fué, que al llegar á Edimburgo, reconoció los cambios más importantes verificados en el intermedio: las decisiones de la Asamblea general de la Iglesia y del Parlamento, la supresión del episcopado y la mayor autoridad de los Estados generales. Trataba especialmente de satisfacer á los más importantes miembros del Covenant, en primer lugar á Argyle, el orgulloso poseedor del condado de Argyle y de la parte Oeste de los Highlanders, «el rey Campbell,» como podía llamarse el severo é importante presbiteriano que á las pretensiones de un caudillo de clase alta, unía la ambición de querer desempeñar un gran papel político. Aun el mismo Hamilton, el antiguo consejero del rey, que tanto tenía que temer de los del Covenant, no veía más salvación que ganarse su voluntad.

Pero la desconfianza por una y otra parte no había desaparecido por completo. Argyle y sus colegas habían descubierto, antes de la llegada del rey, un complot realista, y se

habian apoderado de los principales conspiradores. Ninguno de ellos les era tan odioso como el jóven conde de Montrose, el audaz rival de Argyle, cuya interesante figura es celebrada hasta las nubes en las poesías y en las novelas (1). De un temperamento de fuego, fantasía de poeta, y dado á la imitacion de los héroes de la antigüedad por la lectura de autores antiguos, se habia lanzado de cabeza en la lucha de



Lord Falkland. De un grabado de E. Scriven, según un cuadro de Van-Dyck

este complot tuvo por resultado que Montrose y tres de sus partidarios fueran presos y encerrados en el castillo de Edimburgo. El rey empleó todos los medios para salvar á su fiel servidor de la venganza de sus enemigos, y estos por su parte querian tambien perdonar á los conjurados, pero antes de que se llegase á un acuerdo desaparecieron de repente de Edimburgo Argyle, Hamilton y su hermano Lanark por hallarse amenazados de una nueva conspiracion. Este asunto misterioso causó la mayor sensacion al otro lado de las fronteras de Escocia, y Carlos I se apresuró á presentarse ante el Parlamento escocés y á declarar solemnemente que ninguna participacion tenia en el asunto. Pronto volvieron los fugitivos viendo fortalecido su poder. Los presos fueron puestos en libertad, pero los cargos mas importantes del Estado quedaron en poder de Argyle y sus compañeros, con la

(1) Mark Napier: *Memoirs of the Marquis of Montrose*. Edimburgo, 1856.

los partidos de su patria, figurando al principio, en primera línea, entre los partidarios del Covenant. Habia sido el primero que cuando fueron á Inglaterra atravesó con su caballo el rio Twed; pero pronto se sintió oprimido por la severidad del puritanismo y el orgullo de Argyle, empezando entonces una correspondencia con el rey y formando con otros nobles una alianza dirigida contra Argyle. El descubrimiento de

condicion de que no se mezclarian en los asuntos de Inglaterra. La nacion escocesa se hallaba completamente tranquila y el clero usaba un lenguaje muy moderado; así fué que las bendiciones del pueblo acompañaron al monarca cuando abandonó en noviembre su pais natal.

Algun tiempo antes habia reanudado sus sesiones el Parlamento inglés, y mientras que continuaba los interrumpidos debates se hizo mas y mas evidente una escision que ya habia empezado á iniciarse antes de la suspension de las sesiones. Del conjunto de la oposicion, en un principio tan unida, se habia separado un grupo de personas moderadas que veian con desagrado la manera como avanzaban sin recelo alguno Pym, Hampden, Haselrig, Cromwell, Vane y sus correligionarios políticos (2). Varios de los miembros de aquel grupo habian trabajado con gran celo para que pasara para

(2) Para lo que sigue es de importancia la Memoria *Parliamentary Royalism* en los *Studies* de Sanford, p. 330-467.

siempre el tiempo de la arbitrariedad; habian sido los adversarios decididos de Strafford; querian poner freno al absolutismo y limitar el poder de los obispos; pero no deseaban que el Parlamento se sobrepusiese de un modo permanente á la Corona, ni que se destruyera la constitucion de la Iglesia hasta en sus cimientos. La aparicion y aumento de las sectas religiosas en Lóndres los tenia intranquilos; así es que en la Cá-

mara alta se habian aliado con los obispos y tenian gran mayoría sobre los Lóres partidarios del puritanismo. En la Cámara baja contaban con un número importante de votos, siendo dirigidos en ella por Lord Falkland, Hyde, Colepeper, Edmundo Waller y otros hombres de talento y abnegacion, de los cuales algunos hicieron su nombre célebre en la historia de Inglaterra. Si Hyde alcanzó en época posterior



Eduardo Hyde. De un grabado de R. Cooper, según un cuadro de Pedro Lely

su mayor gloria, con el nombre de Lord Clarendon, una pronta muerte arrebató la brillante figura de Falkland del teatro de sus triunfos. Falkland era indudablemente el personaje mas importante de aquel grupo: hombre de una amabilidad extraordinaria, protector de los sabios y de los escritores, estaba siempre pronto á acudir al auxilio de la desgracia y se hallaba libre de la estrechez de miras dogmática.—La gran debilidad de este partido consistía en que carecia de programa fijo y en que no tenia apoyo ni arriba ni abajo. Sus miembros tuvieron que cambiar su papel de acusadores por el de defensores, viéndose obligados muchas veces á contradecir su pasado político, sin estar seguros del porvenir, pues la persona de Carlos I no ofrecia garantía alguna. Así fueron paso á paso avanzando hácia el campo de los amigos de la corte, llegando por último á un rompimiento completo con la mayoría parlamentaria.

La oposicion extrema tenia en cambio la ventaja de que sabia lo que queria, pues luchaba por la supremacia del Parlamento sobre la Corona y por la separacion de los obispos,

que no eran mas que empleados del rey. Tenia derecho completo á desconfiar del rey, y en esta desconfianza encontraba el principal motivo para ir siempre adelante. Los sucesos de Escocia produjeron gran irritacion, pues se temia que la conjuracion descubierta allí tuviese ramificaciones en Inglaterra: noticias de complots y de planes de asesinato parecieron confirmarse por ciertos indicios, como por ejemplo el haberse enviado un dia á Pym una carta amenazadora, en la que iba incluido un pedazo de tela empapado en un tumor de un individuo atacado de la peste. Como de costumbre, todas estas cosas se achacaban «á los papistas» y á los que rodeaban á la reina, tomándose medidas de precaucion de todas clases. Se reforzaron los cuerpos de guardia de la ciudad, y la entrada del Parlamento se puso bajo la custodia de la milicia.

En esta disposicion tan excitable se recibieron las primeras noticias, inciertas aun, de la insurreccion de Irlanda; pero pronto llegaron detalles completos que llenaron de ira á todos los corazones ingleses. Con la caída de Strafford, habia des-

aparecido el enérgico gobierno que él había establecido en la verde Erin; el ejército fué disuelto; se suprimieron los tribunales especiales y faltaba una dirección superior, pues que el nuevo regente, el conde de Leicester, no había ido aun á tomar posesión de su cargo. Así fué que en la masa de los indígenas celto-católicos nació el espíritu de rebelión, sintiéndose libres del peso que les había oprimido, y creyeron poder tomar venganza del desprecio de su religión y del robo de sus campos. El ejemplo de la sublevación de Escocia é Inglaterra ejerció su influjo en ellos y dió lugar á escenas que apenas encuentran otras con que compararse en la historia contemporánea. La primera idea de una sublevación fermentó en la cabeza de un jefe procedente de la raza primitiva de Irlanda, el astuto Roger More, que consiguió atraerse á algunos católicos de origen inglés. El plan de los conjurados era apoderarse en un día del castillo de Dublin y de las demás plazas fortificadas, exterminar ó poner en fuga á los colonos ingleses protestantes y á los escoceses, volverse á apoderar de los terrenos que se les habían arrebatado y establecer como única religión la católica. En el plazo antefijado, el 23 de octubre, día de San Ignacio de Loyola (1), estalló la revolución. Dublin pudo aun salvarse á última hora, pero en los demás puntos fueron vencidos los protestantes y arrojados de sus casas y de las poblaciones. Las masas ávidas de sangre siguieron sus instintos salvajes y sus jefes procuraron aun excitar su odio. El Norte y el Noroeste de la isla quedaron completamente en poder de los rebeldes, y únicamente dos plazas además de Dublin ofrecieron refugio y protección á los medio desnudos y hambrientos fugitivos.

Inglaterra recibió la noticia de tales acontecimientos con un grito de venganza. La relación de lo que había sucedido fué notablemente exagerada, y cada día se oían relatos de hombres asesinados, mujeres ahogadas y niños condenados á una muerte lenta; los puritanos habían extremado de tal suerte su odio contra los partidarios del papismo, que parecía entonces confirmarse todo lo que la fantasía puritana había inventado acerca de ellos. Los sucesos de Irlanda tuvieron su reacción en la marcha política de Inglaterra. Por el momento, lo que más interesaba era enviar tropas á Irlanda para combatir á los rebeldes y oponerse á la independencia de la isla, pero ¿debía concederse al rey esta fuerza cuando se temía que la empleara contra el Parlamento? Aun gozaban de su favor muchos católicos de los más principales; además, se creía saber que la facción española era aun poderosa en la corte, y en lo que concernía á la rebelión, los jefes irlandeses se cubrían con el nombre de Carlos I y de su esposa. Uno de los caudillos más influyentes, Felim O'Neile decía tener una orden del rey, fechada en Edimburgo, por medio de la cual autorizaba á sus fieles súbditos católicos á atacar á los colonos de nacionalidad inglesa y apoderarse de sus bienes, y el ejército de los rebeldes se llamaba unas veces «ejército del rey» y otras «ejército de la reina». En verdad, Carlos I no tenía participación alguna en los acontecimientos de Irlanda, pero con tanto mayor motivo se culpó á la corte, cuanto más claramente se vió que el movimiento irlandés iba dirigido contra el poder creciente del puritanismo, y en este sentido lo interpretaba asimismo el rey. «Espero, hizo decir á uno de sus servidores en Escocia, que las malas noticias de Irlanda impedirán algunas locuras en Inglaterra.»

Los jefes del partido radical en el Parlamento, supieron aprovecharse perfectamente de la situación de las cosas.

(1) El día de San Ignacio es el 31 de julio, día de su muerte en 1556. Fué beatificado por Paulo V en 27 de junio de 1609 y canonizado por Gregorio XV en 12 de marzo de 1622. En la vida de este santo no hemos encontrado la fecha de 23 de octubre. (N. del T.)

Expusieron á los Lores que debía pedirse al rey que separase de su lado «á sus malos consejeros papistas,» y al mismo tiempo solicitaron el apoyo de la Cámara alta para en caso necesario poder disponer de las milicias de este lado del Trent, por medio de una orden del Parlamento. El objeto de Pym y de sus correligionarios era formar un ministerio del seno de la mayoría y apoderarse de la dirección de la defensa del país, que hasta entonces había pertenecido exclusivamente á la Corona. Estos deseos fueron expuestos al rey como una amenaza directa por los comisarios del Parlamento, que como vigilantes le habían acompañado en su viaje, y al mismo tiempo se acordó dirigir un llamamiento al pueblo en forma de acta, cuya deliberación produjo debates muy apasionados en los Comunes. Era el «Manifiesto general,» que contenía al mismo tiempo la historia de las arbitrariedades cometidas, y los medios de impedir que se repitiesen; en junto unas 206 cláusulas (2). En él se mezclaban también los asuntos religiosos con los políticos; se pedía el cumplimiento riguroso de las leyes contra los católicos, la separación de los obispos de la Cámara alta, la convocación de un sínodo general para llevar á cabo la reforma de la Iglesia y que se diesen los cargos públicos á hombres que poseyeran la confianza del Parlamento: este programa debía ser remitido al rey y expuesto ante el país. El partido medio de los moderados empleó todos sus esfuerzos en hacer que se desechase el manifiesto general, usando de la palabra los oradores más caracterizados, pero sus adversarios no mostraron menor tenacidad. «Si la exposición no se hubiera aprobado, dijo Cromwell, hubiera vendido todo lo que poseo para expatriarme.» Una mayoría de once votos aprobó la exposición en 22 de noviembre. Cuando concluyó la votación era ya media noche, pues la sesión había durado de un modo extraordinario, así es que hubo nueva lucha sobre si la exposición debía imprimirse en seguida ó no. Los moderados amenazaron con hacer una protesta, y en el tumulto algunos de los diputados echaron mano á las espadas, hasta que la clara voz de Hampden restableció la calma, suspendiéndose la impresión momentáneamente.

Pocos días después de esta borrascosa sesión regresó el rey, quedando muy contento del recibimiento que se le hizo, pues la City le recibió con todas las muestras de una lealtad satisfecha, y en Guildhalle se le dió una espléndida comida. Al regresar á Whitehall, á la luz de las antorchas, el pueblo le acompañó con gritos de alegría. Aumentó con ello su confianza y exigió que fuese disuelta la guardia que se había dado el Parlamento, «pues su real presencia era protección suficiente para las Cámaras.» El 1.º de diciembre recibió en Hampton-Court una diputación de la Cámara baja que le presentó la exposición, leyéndole al mismo tiempo una petición en la que se trataba de los dos asuntos político-religiosos principales: separación de los obispos del Parlamento y dimisión de los malos consejeros. El rey hizo solo algunas observaciones durante la lectura y se declaró pronto á contestar después, expresando el deseo de que se esperase hasta entonces la publicación del manifiesto. Todo se había verificado con las formas más corteses; pero de sobre se observaba que la situación era tirante, habiendo ocurrido ya algunas escaramuzas entre el populacho excitado y la nueva guardia que el rey quería dar al Parlamento. Por otra parte, los primeros pasos del rey contribuyeron á aumentar la desconfianza general. Empezó quejándose al Parlamento de que se perdiese el tiempo y no se votasen

(2) Con gran copia de detalles ha expuesto John Forster los debates sobre el manifiesto general, en su trabajo: *The grand Remonstrance* (inserto en los *Historical and biographical essays*, vol. I, y publicado por separado en 1860).

los subsidios para combatir á los rebeldes irlandeses, publicó una proclama prohibiendo las modificaciones introducidas en el ritual eclesiástico por disposición del Parlamento y no se pasaron un par de días sin que promoviése un nuevo conflicto. La Cámara estaba discutiendo un bill acerca de la reunión de soldados para la campaña irlandesa, cuando Carlos I intervino en la discusión con la prematura declaración de que solo aprobaría el bill en caso de que se le conservasen sus prerogativas. El Parlamento protestó, y ante la protesta de ambas Cámaras tuvo el Rey que presentar sus disculpas. El manifiesto general fué impreso contra la voluntad del rey, y su contestación, dejando traslucir cierta irritación, nada prometía en definitiva. En tales circunstancias no podía esperarse que la antigua idea, no abandonada por completo, de conceder los altos cargos del Estado á los jefes de la mayoría se realizase entonces; por el contrario, el rey adoptó el partido de tomar á su servicio á los individuos más notables de la minoría atrayéndoles así á su causa de un modo duradero. Lord Digby que había combatido con la mayor energía el Bill of *attainder*, instituido contra Strafford, y el hijo de Lord Bristol, que había recobrado el favor de su soberano, hombre ilustrado y enérgico, fueron los consejeros más escuchados de la real pareja. Falkland y Colepepper ocuparon los cargos de secretario de Estado y canciller de la tesorería y Eduardo Hyde, aunque sin desempeñar aun cargo alguno, ponía al servicio del rey su talento y su influencia. Todos estos hombres se convirtieron en cómplices de sus actos, aunque no todos aprobaran por completo los golpes de Estado que tomaron parte. Se presentía un peligro inminente; en la sala de conferencias de Westminster se oyeron palabras amargas contra Bristol y Digby, pero mayor aun era la excitación del pueblo que rodeaba el palacio.

Hacia largo tiempo que gran parte de la burguesía de Londres estaba descontenta de las autoridades de la ciudad, y se manifestaba intranquila respecto del porvenir. Para muchos el Lord-corregidor pertenecía al partido de la corte y el municipio mostraba poco celo puritano. Nuevas elecciones modificaron la corporación en sentido favorable á los amigos de reformas en la Iglesia, pero á pesar de esto, los ánimos se hallaban poseídos de angustia y recelos en la clase media y en la baja. La numerosa clase de los aprendices, no siendo retenidos por sus patronos, eran un buen elemento cuando se trataba de hacer presión en el gobierno. Este aumento de la desconfianza de los burgueses relevando al comandante de la Torre, hombre popular, y poniendo en su lugar al coronel Lundsford. Los antecedentes de éste no eran de los mejores, y además había tomado parte en el complot militar de la primavera, creyéndosele capaz de cualquier acto de fuerza. Los comerciantes temieron por las barras de oro y plata que se hallaban en la Torre; en la Cámara baja se redactó una petición en la que se indicaba el deseo de que se relevara á Lundsford, y veinte y dos individuos de la Cámara alta expresaron la misma opinión. El mismo Lord corregidor aconsejó al rey que dejara sin efecto tal medida; pero cuando esto se verificó era ya demasiado tarde para impedir escenas tumultuosas.

Era la época de Navidad, y las calles se hallaban llenas de gente que celebraba la fiesta á pesar del frío. Por otra parte, en el palacio de Whitehall había una guardia real compuesta de cortesanos, oficiales y soldados licenciados, que no dejaron de excitar al pueblo; así es que el 27 de diciembre, ocurrió una lucha sangrienta en los alrededores de Westminster: aprendices, obreros y marineros, riñeron con Lundsford y su gente, siendo heridos varios ciudadanos.

En estas escaramuzas es donde empezaron á usarse los apodos de «caballeros» y «cabezas redondas,» nombres que durante unos veinte años fueron tan célebres como después lo han sido los de «torys» y «whigs.» Bajo el nombre de caballeros, se designaba á los partidarios de la corte, los hombres que iban siempre ataviados con la mayor elegancia; pero en cambio los retratos de aquel tiempo demuestran cuán poco fundado era el nombre de «cabezas redondas» como signo distintivo de partido, pues puritanos como Milton y Cromwell, por ejemplo, llevaban una cabellera de la que no hubiera tenido que avergonzarse el más celoso realista.

Durante estos tumultos, cuando los obispos se dirigían á la Cámara alta, oían los mayores insultos, pues hacia dos meses eran el blanco principal de los más violentos ataques, atribuyéndose á su influencia el que los Lores no hubiesen apoyado en su mayoría la protesta de la Cámara baja contra el nombramiento de Lundsford. A uno de los dignatarios de la Iglesia, Williams, nombrado recientemente arzobispo de York, le destrozaron el traje episcopal; por invitación suya, se reunieron en su casa once de sus colegas, y firmaron una protesta en la que declaraban que los ataques del pueblo les impedían ocupar regularmente su sitio en la Cámara de los Lores, y hacían constar que todas las decisiones que se aprobasen desde el 27 de diciembre hasta que concluyese su ausencia, las tendrían por nulas y sin efecto. El día 30 de diciembre enviaron la protesta al rey y á la Cámara alta, sin adivinar el efecto que produciría su atrevido escrito. Los Lores trasladaron la protesta á los Comunes, y éstos vieron en la resolución de declarar anticipadamente por nulas las disposiciones del Parlamento, un ataque á las leyes fundamentales del reino. Acusaron pues á los obispos ante los Lores del crimen de alta traición y reclamaron que se les pusiese presos. Se llamó á los obispos, tuvieron que oír la acusación arrodillados en la barra, trataron inútilmente de disculparse y fueron reducidos á prisión. Lo que durante tanto tiempo no había podido obtenerse, se consiguió por un acto de precipitación de los obispos. Por fin se les había alejado de la Cámara alta, y no debía ya temerse su oposición al tratarse de reformar la Iglesia.

La mayoría de la Cámara baja no trató de ocultar su alegría por el paso en falso dado por sus adversarios, pero pronto volvió á su gravedad ante el anuncio que le hizo John Pym de un peligro inminente y extraordinario. Pym sabía de un modo cierto que el rey quería dar un gran golpe contra el Parlamento, aunque no estaba enterado de cuándo debía verificarse, limitándose solo á dar noticias confusas, de las cuales quizá la condesa de Carlisle había sido la portadora, como otra vez, pues esta hermosa y discreta dama, admiradora en otro tiempo de Strafford, desde que el rey le había sacrificado, había dirigido todas las muestras de su afecto al jefe del partido del pueblo, y se había entretenido en establecer entre la corte y él, un tejido de intrigas y secretos. La Cámara baja se contentó con pedir al rey una guardia de la City, bajo el mando del conde de Essex, y tomó por sí algunas medidas preventivas. El rey no dió su contestación hasta el 3 de enero, y en ella juró de nuevo «delante de Dios todopoderoso» que no veía motivo alguno para tal temor, y aseguró bajo su «palabra de rey» que tan interesado estaba en proteger á los individuos del Parlamento contra un acto de fuerza, como en la conservación de su propia vida y la de sus hijos. Casi al mismo tiempo que la Cámara baja recibía esta respuesta, el procurador general Herbert entregaba á los Lores, en nombre del rey, una acusación de alta traición contra uno de sus miembros, Kimbolton, que según parece había estado en estrechas relaciones con los escoceses, y contra cinco miembros de la Cámara de